notas de lectura

CARLOS CASTILLA DEL PINO
Aflorismos. Pensamientos póstumos
por María Paz Fernández Montáñez

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD
Oficio de lector
por Juan Carlos Abril

ÁNGEL GARCÍA LÓPEZ
Obra Poética (3 volúmenes)
por Pedro J. de la Peña

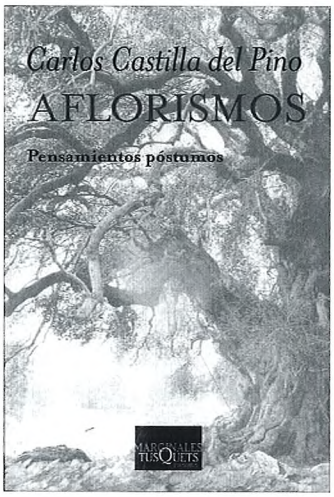
FRANCISCO GARCÍA MORILLA
DE MEMORIAS Y FICCIONES.
Las novelas de J. M. Caballero Bonald
por Julio Manuel de la Rosa

JOSÉ JURADO MORALES
Las razones éticas del realismo.
Revista española *(1953-1954) en la literatura del medio siglo*
por José Luis Bernal Salgado y Antonio Rivero Machina

JUAN CARLOS SIERRA
La Generación del 50 para niños y jóvenes
por Salvador Hernández

Carlos Castilla del Pino
Aflorismos. Pensamientos póstumos

Tusquets Editores,
Marginales 270, Barcelona, 2011



En el verano de 1938 Carlos Castilla del Pino, aún no cumplidos los dieciséis años, convaleciente de una pleuresía tuberculosa, descubre por primera vez qué significa escribir –nos cuenta en *Pretérito imperfecto*, primer volumen de sus memorias–. La impotencia para la acción y el sentimiento de soledad que le produce su enfermedad dan ocasión para la reflexión sobre un tema que nunca le fue ajeno, el ser humano y su naturaleza y, unido a él, la posición que él debía ocupar en el mundo, cuál sería su misión, la razón de su vida. Producto de esta mirada introspectiva surgieron de su pluma unas cincuenta cuartillas, que su fantasía de adolescente inteligente y precoz veía convertidas en libro: *El yoismo y El Ente Yoísta*, así lo titularía. Según afirma, adoptó como forma de su escritura "el cómodo carácter aforístico de los textos de Nietzsche", pensador al que, como voraz lector, acababa de descubrir en uno de los tomos de sus obras completas, *Humano, demasiado humano*, grueso volumen que, nos confiesa, le interesó desde el primer momento. Es por tanto un hecho al menos curioso que, precisamente, en los últimos años de su vida Castilla del Pino viera en la escritura aforística una nueva vía para dejar constancia de su pensar, como lo es también el hecho, no exento de cierta paradoja, de que a estos pensamientos de sus últimos momentos los denomine aflorismos en lugar de aforismos, viendo en ellos germen y comienzo, más que pensamientos completos y acabados, según aclara él mismo en la nota preliminar a este, no sé si sólo de momento, su último libro: "el aforismo concluye. El aflorismo comienza; no acaba donde concluye", quizá porque con ello se niegue a envejecer: "la vejez comienza cuando no hay proyecto" dirá en uno de los más condensados aflorismos de los 844 que nos propone en este libro póstumo, en el cual –nos informa en las páginas de presentación Celia Fernández Prieto– se recoge "casi la totalidad de los aflorismos que escribió entre los años 2003 y 2009, y que dejó en un archivo informático aparte y dispuesto para su publicación". Obsesionado por la perdurabilidad más allá de la muerte, que él sólo veía posible en la pervivencia en el recuerdo de los otros y en la permanencia de sus obras, trabajó incasable hasta el final de sus días, como demuestran los libros publicados tras su muerte el 15 de mayo de 2009 (resulta sobrecogedor constatar que las palabras preliminares escritas por él mismo en *Conductas y actitudes*, que vio la luz en octubre de 2009, estén fechadas en la primavera de ese mismo año).

Conforme a la definición dada por el autor en la esclarecedora nota preliminar, el aflorismo es algo que se te ocurre, surge o te aparece inesperadamente. En suma, algo que aflora. Recuerda por ello al significativo título *Polen* (*Blütenstaub*), bajo el que Novalis publicó en la revista *Athenaeum* sus célebres fragmentos: ideas no desarrolladas o intuiciones aún no acabadas de madurar. Es interesante a este respecto anotar que Novalis adopta este seudónimo –una de cuyas acepciones en latín es la de "tierra en barbecho"– justo en el momento en el que su escritura adopta la forma fragmentada tan del gusto de la época.

Los aflorismos que el libro nos presenta, nos informa Fernández Prieto, esposa y fiel compañera del escritor, tienen sus antecedentes en breves anotaciones y apuntes de ideas sueltas que iban surgiendo en la inquieta mente de Carlos Castilla durante conversaciones entre ambos o entre amigos, o sugeridas por sus constantes lecturas. Muchas de estas ideas se desarrollarían más tarde en extensos trabajos. Ahora bien, como atinadamente advierte Fernández Prieto, estos aflorismos pueden ser también considerados "pensamientos póstumos", es decir, síntesis y consecuencia de sus reflexiones, pues afloraron espontáneamente, sí, pero tras muchos años de meditación.

En ellos el lector volverá a encontrarse con los temas habituales de Castilla del Pino en una presentación más fresca, alejada del tono discursivo y razonador al que el excelente ensayista nos tiene acostumbrados: la soledad –ese sentimiento en él ambivalente–, la amistad, el amor, la culpa, el odio, la envidia, la fantasía con sus posibilidades y sus peligros, el arte, la novela, Dios y su necesaria inexistencia, el hombre en su intimidad, el hombre en sociedad, la cara y sus múltiples rostros, la vida, la muerte. En suma, las inquietudes de siempre de Castilla del Pino condensadas en sentencias más o menos extensas, que rezuman toda la sabiduría que proporciona una vida intensa dedicada al estudio del hombre, a intentar descifrar los misterios de su psique sabiendo escuchar sus conflictos y frustraciones, a observar el mundo que le rodea con ojos que sabían mirar para intentar resolver, con realismo, cada uno de los problemas que la realidad presenta; a leer constantemente y con pasión, descubriendo en cada uno de los grandes personajes literarios un *alter ego* (uno de los sucesivos *yoes* en el que podría ir transformándose, tanto él como cada uno de nosotros, si la limitada duración de la vida humana no lo impidiera), capaz de hacerle vivir otra vida distinta.

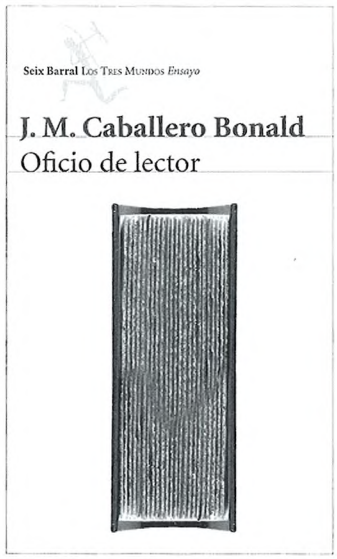
En realidad, estas formas concisas no han estado del todo ausentes en otros libros de Castilla del Pino. Una vez avisados tras la lectura de éste, resulta tarea apasionante ir descubriendo ya en ellos algunas frases de estilo marcadamente aforístico como punto de partida o de llegada de sus razonamientos: "la envidia dura toda la vida del envidioso, que, para su tormento, vive en y para la envidia" leemos, por ejemplo, en la página 318 de su extenso ensayo *Teoría de los sentimientos*; pero la gran aportación de este nuevo libro es la presentación asistemática de su pensamiento, con sentencias exentas y autónomas, cada una portadora de un mensaje completo, un todo que no necesita de más explicación. Quizá porque en sus años postreros llegó para él ese día, del que habla la cita de Samuel Johnson que abre el libro, en que "cansado de preparar, explicar, convencer" vio el momento idóneo de legar a la posteridad su contribución a un género literario cultivado desde antiguo por grandes pensadores. Es cierto que con ello nos privará de su prosa amena y precisa, que tanta admiración produce por su sencillez y claridad; de su ágil discurrir deleitando y enseñando a la vez: esas impecables maneras de hacer al lector cómplice de los pasos de su razonamiento. No obstante, no solo resulta estimulante conocer esta nueva forma de escritura de Castilla del Pino, sino que gracias a su forma concisa el mensaje se hace más penetrante, más íntimo, más directo. Así, un lector amante de la cultura disfrutará tanto como el autor rastreando, dentro de las cuarenta páginas que en su libro *Conductas y actitudes* dedica a la envidia, las fuentes etimológicas del término que le darán a conocer "aspectos sorprendentes e insospechados del tema"; pero sin duda tendrá más efecto sobre él la lectura del aflorismo: "no hay que vengarse del envidioso. Bastante desgracia tiene con envidiar".

Como con todos los escritos de Castilla del Pino, el lector saldrá de su lectura siendo alguien distinto, sabiendo algo más de sí mismo, beneficiándose de los grandes conocimientos que tuvo el gran psiquiatra y humanista sobre el ser humano ("no hay que temer tanto la culpa por lo que se ha hecho mal, cuanto el malestar crónico, duradero, en forma de depreciación de uno mismo"), descubriendo en cada aflorismo una faceta oculta de su personalidad o de la compleja sociedad en la que vivimos, encontrando en unos una norma de conducta ("no te exhibas. Que los demás te descubran"), unas veces en forma de consejo ("escoge los amigos entre los que no tienen encontrados intereses contigo. Así puedes querer por el gusto de ello. Eso que se llamó el placer de la amistad"), otras de aviso ("la fantasía, si no se usa sabiamente, es el resquicio por donde se introduce la locura"), de advertencia ("cuidado con los justos") o de velada amonestación ("la decencia no se proclama; se practica. Y que los demás la deduzcan"), incitándonos todos ellos a la búsqueda de un código ético, que a la postre resultará gratificante: "no dejemos el premio del obrar bien para un paraíso futuro, sino para aquí y ahora. Obrar bien nos deja a gusto. La ética es, en suma, un manual para el equilibrio: de ahí el bienestar inmediato. El mal nos perturba". En otros hallaremos formulaciones nuevas de antiguos motivos literarios: "hacer que las cosas hablen, y contarlo después: eso es pintar (o escribir: una forma de pintar con palabras)"; o de conocidas sentencias filosóficas: "sueño porque existo". Abundan en ellos las observaciones agudas y penetrantes sobre la sociedad: "de la innecesariedad del heroísmo: en una sociedad donde el héroe es necesario, algo va mal"; también ajustados pensamientos políticos: "todo demócrata es progresista. Democracia implica perfectibilidad. Ponerle un límite es como vallar un campo: una in-propiedad", algo que no deberíamos olvidar en los momentos actuales. Unos contienen una definición atinada y sorprendente que nos da a conocer insospechados matices de un polémico concepto: "un dogma es una receta con la que se enferma inexorablemente"; otros, una sutil variación de una sublime paradoja para apostar decididamente por la vida terrena, la única: "murió porque no era". Y todos, siempre, aportan una reflexión que, como un relámpago, iluminará una faceta escondida de nuestro ser más íntimo, de nuestra condición humana, del tiempo histórico que nos ha tocado vivir, exhortando a nuestro intelecto aletargado, para que, liberándose del estrecho corsé de dogmas, ideologías y conveniencias, explore las muchas posibilidades que como hombres tenemos para seguir avanzando en el desciframiento de ese texto que es la realidad, incitándonos a no abandonarnos, a participar en el mundo junto a los demás, a proyectar hasta el final, a trazar nuestro propio camino, en suma, a vivir porque, evocándonos unos versos que un día afloraron en la mente de un poeta antiguo, nos recuerda que "la vida es un río para quien se deja llevar; un trayecto para quien se adueña de su propia vida".

MARÍA PAZ FERNÁNDEZ MONTAÑEZ

José Manuel Caballero Bonald
Oficio de lector

Seix Barral, Barcelona, 2013



El Premio Cervantes 2012 José Manuel Caballero Bonald ha publicado muchos libros en su ya larga vida (nacido en 1926) y trayectoria literaria, si bien siempre ha ido espaciando con acertada oportunidad cuándo dar a la imprenta libros de poemas, ensayos, novelas, apariciones en catálogos, estudios filológicos, volúmenes de divulgación folklórica, etnológica, etnográfica o enológica, etcétera. En concreto, a principios de 2012 publicó su último libro de poemas, *Entreguerras* o *De la naturaleza de las cosas*, una suerte de testamento poético al que le habían precedido en pocos años *La noche no tiene paredes* (2009) y *Manual de infractores* (2005). Tres entregas poéticas en muy pocos años, teniendo en cuenta que entre otras publicaciones de poesía suyas habían mediado hasta 14 años, como fue entre *Pliegos de cordel* (1963) y *Descrédito del héroe* (1977), y 13 años, entre *Laberinto de Fortuna* (1984) y *Diario de Argónida* (1997).

Caballero Bonald ha compaginado la publicación de crítica literaria o de la cultura desde que era joven, tanto en prensa como en revistas especializadas, o en volúmenes exentos, tipo libros de viaje o incluso guías turísticas o catálogos divulgativos. Comenzó en revistas como *Platero*, *Correo Literario*, *Papeles de Son Armadans*, donde a la sazón ocupó diferentes cargos, entre ellos el de secretario y oficiosamente de director, donde publicó además numerosos artículos sin firmar, y por esa época también preparó sin figurar la edición de *Mis páginas mejores* de Camilo José Cela. También publicó en *Ínsula: revista de ciencias y letras humanas*, *Poesía española*, *Norte*, o las bogotanas *Mito* y *Eco*, por citar solo algunas más. Pero como tal, como libros recopilatorios de ensayos, comienza algo tarde a reunirlos, y solo a partir de *Copias del natural* (1999), en el que además se combinaban otros géneros, y más concretamente con *Copias rescatadas del natural* (2006) y *Relecturas (Prosas reunidas 1956-2005)* (2006), en edición respectivamente de Juan Carlos Abril y Jesús Fernández Palacios, es cuando conocemos con más integridad la obra ensayística de nuestro autor, que ahora con *Oficio de lector* viene a completar el recorrido de sus gustos personales y lecturas, acercándonos una sutil mirada al hecho literario, especialmente a la literatura escrita en español, si bien no deja de realizar algunas calas en otros autores, fundamentalmente en lenguas afines, como Stéphane Mallarmé («Evocación de Mallarmé», pp.189-194), pero también en lengua inglesa, como Thomas Stearns Eliot («Eliot: Función de la poesía y función de la crítica», pp. 210-215) y Paul Bowles («Acerca de Paul Bowles», pp. 280-284), o en ruso, como Fiódor Dostoievski («Dostoievski y los enredos de la cronología», pp. 155-159), todos ellos escritores indispensables en el canon de Occidente, o «Western canon», en palabras de Harold Bloom.

Es de notar que muchos de los artículos aquí reunidos han formado parte también de ediciones, como las de Cervantes o Góngora, de prólogos, como el de *Mortal y rosa*, de Francisco Umbral, o simplemente artículos de cala filológica, que fueron un encargo o un capricho del autor, en su afán por recorrer desde la crítica sus necesidades como lector, pero nunca

con resabios academicistas. La ordenación de los textos responde, según el propio autor, a tres apartados,

> de acuerdo con la época a que remiten y según una cierta arbitrariedad electiva, obediente en todo caso a alguna fluctuación temática y quizá también al vaivén de mis querencias en prosa y verso. He optado por suprimir toda clase de notas y referencias de tipo académico, y me ha parecido oportuno consignar las fechas de publicación o revisión de los artículos, quizá para que el tiempo transcurrido atenúe sus desperfectos o para destacar cierta atención temprana. Va entre corchetes algún dato añadido con posterioridad. La mayoría son reseñas y prólogos, ninguno de ellos por tanto inédito, aunque sí lo son algunas de las conferencias. Apenas los he corregido a medida que los fui desempolvando: sólo he remediado unas pocas averías sintácticas y enmendado ciertos rasgos verbales con los que el paso de los años ha acabado enemistándome. También he eliminado aquellos artículos sobre autores aparecidos con posterioridad a los de la promoción del 50, que no deja de ser una frontera razonable. Sólo añadiré lo que tal vez haya incentivado la gestión de este libro: la obstinada idea de que el lector justifica la literatura. (p. 8)

Pero no debemos dejar de señalar las excelentes reseñas publicadas en *Correo Literario*: véase «Diez poetas hispanoamericanos en Madrid: Miguel Arteche, Manuel del Cabral, Mario Cajina», *Correo Literario*, n. 53, año III, Madrid, 1 de agosto de 1952, p. 10; «Diez poetas hispanoamericanos en Madrid (II): Eduardo Carranza, Eduardo Cote, Antonio Fernández Spencer», *Correo Literario*, n. 55, año III, Madrid, 1 de septiembre de 1952, p. 3; y «Diez poetas hispanoamericanos en Madrid (III): Luis Hernández Aquino, Alonso Laredo, Ernesto Mejía y Alejandro Romualdo», *Correo Literario*, n. 56, año III, Madrid, 15 de septiembre de 1952, p. 3, nunca vueltas a publicarse, o como la de Pablo García Baena, cuyo libro *Óleo* había reseñado nuestro autor en la revista dirigida por José García Nieto *Poesía española*, n. 67, febrero de 1958, pp. 30-32, y así podríamos citar más, entre otras rarezas. Por tanto este volumen se presenta como una antología de comentarios críticos, aquellos que han pasado el proceso —un filtro de aprobación— de selección a través de los años, y por un motivo u otro han sobrevivido a hoy. Con todo, los tres apartados citados se reúnen en torno a tres ejes: 1) clásicos españoles, especialmente áureos, como Cervantes, Quevedo, Herrera, Góngora, etcétera, pero también románticos, Espronceda, Bécquer... 2) literatura española de la primera parte del siglo XX, comenzando por Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado —incluido a Picasso (pp. 201-209) en un interesantísimo artículo en torno a su obra literaria— y acabando por los más jóvenes del 27... y 3) literatura española de la segunda mitad del siglo XX teniendo como límite a los coetáneos de nuestro autor. Además, y correspondiendo a las épocas en las que se circunscriben, habría que recordar las lecturas de escritores hispanoamericanos, desde César Vallejo hasta Alejo Carpentier, desde Juan Carlos Onetti hasta Mario Vargas Llosa, y también habría que contar con aquellos autores que no pertenecen a la lengua española, ya citados, pero que razones obviamente de gusto personal nuestro autor ha querido acertadamente incluir en esta compilación.

José Manuel Caballero Bonald ha celebrado como nadie la naturaleza viva y dinámica de la palabra, la palabra matriz de las palabras, su indagación léxica y sintáctica, el acomodo de las frases a la

reflexión y el sentido. Su poesía es un ejemplo alto de esto, y sus cinco novelas también demuestran un grado de exigencia ciertamente envidiable. Lo corroboran además sus dos volúmenes memorialísticos, que se han convertido en textos imprescindibles para todo aquel que quiera conocer la historia literaria de la segunda mitad del siglo XX español. En *Oficio de lector* no hay menos grado de exigencia sino que el jerezano traslada su rigor a la crítica, creando un mundo de meditación en torno a otros escritores, de la mano de sus habituales y característicos sondeos lingüísticos. En efecto, algo que no se pronuncia no existe, y Caballero Bonald posee la capacidad de pronunciar y enunciar con matices lo que pudiera parecer una generalidad, de acercarnos el detalle que resalta la particularidad de un autor o una obra, a través del lenguaje.

Pero además de esta singular capacidad introspectiva, asistimos a una ampliación de *La novela de la memoria* en no pocos pasajes de *Oficio de lector*, ya que si los libros conforman una vida, y la lectura nos va haciendo como personas, ese oficio también se va entreverando de personas, historias, situaciones y cosas. Pongamos por caso un ejemplo, de entre los muchos que podríamos destacar. Dice Caballero Bonald:

> En el primer tomo de mis memorias, en *Tiempo de guerras perdidas*, me refiero de pasada a mi relación personal con Pérez-Clotet. Un tío mío jerezano, Rafael Bonald, que además de químico-farmacéutico, era bodeguero y cazador, llegó a hacerse muy amigo del poeta. En razón de sus aficiones a frecuentar cotos serranos, el tío Rafael compartió con Pérez-Clotet no pocas jornadas cinegéticas. Un verano —el de 1945— alquiló una casa en Villaluenga y allí se instaló con su familia y conmigo de invitado adjunto. Recuerdo muy bien aquellos dos meses largos en Villaluenga. Para llegar entonces hasta ese sigiloso antepecho de la serranía, había que ir primero a Ubrique por una pésima carretera y, una vez allí, valerse de una caballería para subir, por empinados y pedregosos vericuetos, hasta Villaluenga. Un viaje de veras emocionante que ya suena a expedición decimonónica. Yo tenía 18 años y Pérez-Clotet debía de andar por los 43 o 44. Era pues un cuarto de siglo mayor que yo, una diferencia que a esa edad se nota mucho. El poeta había reunido en su casa solariega una magnífica biblioteca, que me mostró y ofreció generosamente, y una extraordinaria correspondencia con las principales figuras literarias de la España de entonces. De modo que gracias a los préstamos de Pérez-Clotet, leí aquel verano no pocos libros poéticos esenciales de las generaciones del 98 y del 27, algunos de ellos prohibidos a la sazón. Nunca lo he olvidado. Yo andaba ejercitándome en aquellos años difíciles en mis primeras tentativas literarias, así que conocer a Pérez-Clotet supuso para mí un episodio memorable. Era sin duda al primer poeta reconocido a quien trataba y eso le sumaba una atracción adicional al encuentro. (p. 335)

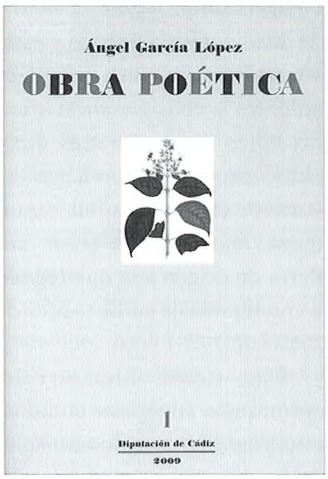
El artículo en cuestión de donde hemos entresacado este fragmento, titulado «El otro grupo poético del 27: Pedro Pérez-Clotet» (pp. 330-339), evoca la figura de este escritor a raíz del centenario de su nacimiento, que corre paralelo al de Luis Cernuda o Rafael Alberti, pero con ningún reconocimiento. Caballero Bonald va desgranando la personalidad del autor afincado en Ronda y a la vez desarrolla su obra, sus calas más importantes, explicando cómo el paisaje incide en ella. La particularidad de estas críticas literarias, que son más bien experiencias de lector, es la

impronta personal que poseen, en este caso contándonos y ampliándonos sus memorias, extendiendo momentos ocultos de su biografía, pero también en los casos de autores que no ha conocido personalmente por cronología o espacio, contándonos su singular manera de haberlos leído, cómo le llegó el libro a las manos, qué curiosidades le asediaban, cómo le sirvió... Es sin duda lo que hace más sabrosa la lectura de este volumen, ese conocimiento aledaño. *Oficio de lector* es un libro imprescindible en la bibliografía bonaldiana, que viene a completar periodos y personajes que habíamos leído en sus memorias, referencias que habíamos situado en algún lugar, creando un lazo intertextual vivo, y por tanto aportándonos un dato para analizar también no sólo la obra a la que se refiere, sino la del propio J. M. Caballero Bonald. Un libro valioso para todos aquellos lectores que no sólo quieran leer crítica literaria, sino que también busquen algún otro aliciente, el que solo un maestro nos puede ofrecer.

JUAN CARLOS ABRIL

Ángel García López
Obra Poética (3 vols.)

Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, Cádiz, 2009



Ángel García López lleva muchos años escribiendo poesía, publicando libros, mereciendo y consiguiendo importantes premios literarios, por lo que se trata de uno de los poetas más valorados de todo el panorama literario nacional.

Como resultado de esa trayectoria su obra es extensa, poliédrica y reconocida, ya que domina tanto las formas tradicionales de la poesía como igualmente las tendencias renovadoras de las sugestivas etapas procedentes de las vanguardias y la Generación del 27. Nos encontramos, por lo tanto, ante un trabajo complejo y casi inabarcable para la crítica literaria por su dilatada diversidad. A estos méritos estilísticos une otra cualidad igualmente importante para la creación poética, y es su preocupación porque sus libros formen un proyecto concreto que sirva de conexión de unos poemas con otros y que alcance así un conjunto bien trabajado desde la disciplina temática para crear hitos en su camino literario.

También quiero resaltar la facilidad verbal que el poeta demuestra en la versificación de sus textos, que le permite una armonía musical que lo convierte en uno de los líricos con más sugerencias sensoriales para sus lectores, lo que es sin duda algo muy de agradecer en tiempos en los que con tanta facilidad se rompen los ritmos poéticos, convirtiendo incluso en cacofónico un arte como la poesía que debe sonar igual que la música de los ángeles.

La creación de Ángel García López en cuanto a su aparición ante los lectores se inicia con un poemario amoroso titulado *Emilia es la canción*, que se adorna con la célebre cita del Conde Arnaldos "Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va". Se trata de un libro de estructuras clásicas salteado, en ocasiones, de poemas como "Lerma" o "Hablo de Burgos" que rompen con la posible monotonía de una vertebración de sonetos que podría convertirse en un recurso demasiado prolijo. El

libro es esencialmente un libro de amor, en el recuerdo y en los viajes, en el vagabundeo por distintas ciudades y geografías compartidas con ese ser escogido para la convivencia y que configura a Emilia como el verdadero centro medular del libro entero. Se trata pues de su carta de presentación de la maestría para el soneto endecasilábico, que hace que el texto brille con algunos magníficos retazos de poesía barroca, cercana sin duda a los textos gongorinos y poetas del género.

En el año 1968 aparece otro libro de características diferentes titulado *Tierra de nadie*, en el que, por el contrario, abundan los versos libres, los poemas despojados de esa búsqueda de la perfección que se encierra en los catorce versos de un soneto. El poeta navega con libertad por lo que él llamaría "territorios perdidos" y sin abandonar del todo el tono clasicista de su entrega anterior busca dar una imagen de mayor modernidad a su inspiración, sin olvidarse por eso de las referencias a maestros de la culminación literaria que lo son para él tanto los clásicos como los modernos, es decir, los que entonces, en los años sesenta, estaban recuperando la belleza del lenguaje y de la expresión frente a otros autores que proseguían en el género de la poesía social, ya para entonces casi caducada.

Otra entrega posterior, *A flor de piel* logró el prestigioso Premio Adonais (1970) y en el destacan los poemas intimistas dedicados al nacimiento de su hija Arantxa y el "Himno Final" a Emilia.

Este dominio poético y esta vocación literaria con voluntad eufónica la consigue incluso en los libros de versos más dilatados como ocurre en *Elegía en Astaroth* (1973) o en su canto quizá más logrado sobre su tierra de origen a la que regaló como homenaje su libro *Mester Andalusí* (1978).

Este deseo literario de encontrarse entre dos mundos estéticos diferenciados no sólo es un hecho en la poesía de Ángel García López sino también en la de otros de los autores de la Generación del 60, que sirven de puente entre la poesía de posguerra y los novísimos, pero que han dejado voces muy significativas como la de Félix Grande, Antonio Hernández, Alfonso Canales y Manuel Ríos Ruiz, en gran parte procedentes de la tierra andaluza, aunque entre ellos pudiera situarse algún otro miembro de la generación anterior como Manuel Álvarez Ortega, frecuentador habitual del Café Gijón como lo era también por aquellos días el propio Ángel García López.

En el primer volumen se encuentran dos de los libros de más alta calidad que ha publicado el autor. Por un lado la ya citada *Elegía en Astaroth*, en ese tono de dípticos que se alargan como los hilos de una madeja hasta culminar el texto. Y también poemarios de mucho mérito como *Volver a Uleila*, que es prácticamente un libro de sonetos en todo su conjunto, o *Retrato respirable en un desván* que se articula a través de los dos remos –clasicismo y vanguardia- que hacen avanzar la nave vanguardista de esta etapa como pasos intermedios hasta el logro definitivo que supuso el *Mester Andalusí*.

De fama imperecedera es su bíblico *Mester Andalusí* de 1978, que causó una verdadera conmoción en aquellos tiempos puesto que representaba una auténtica experiencia de ruptura con la poesía de aquella época y venía a confirmar la madurez intelectual y literaria de este grandísimo poemario que le abrió las puertas del Premio Nacional de la Poesía Española. El éxito de *Mester Andalusí* situó a Ángel García López en el grupo privilegiado de los poetas españoles reconocidos con grandes premios como el de la Crítica y como "Hijo Predilecto de la Poesía Andaluza" que viene a ser la de más elevada altura en las últimas generaciones de la poesía española. Los versos de una estructura casi profética que marcaban la grandeza cultural e histórica de Andalucía y los orígenes de Al-Andalus y la grandeza de la

Córdoba musulmana y la Sevilla cristiana, venían a ser como una geografía que señalaba las columnas capitales del entender y el ser andalusí.

Tuvo además este libro la importancia de resaltar la existencia de una nueva generación de la poesía española. Hasta entonces se había hablado de la posguerra y la Generación del 50 y los nombres que sonaban como Claudio Rodríguez, Valente, Gil de Biedma o Caballero Bonald eran venerados como poetas que rescataban el lenguaje de calidad. A partir de ahí la trayectoria literaria de Ángel García López queda plenamente conformada y deja siempre huella de una perfección técnica y de una calidad estética irrenunciables.

A ello se une en un libro como *Trasmundo* una hondura emocional y anímica que supone otro hito memorable en su obra. *Trasmundo* es un libro filosófico que marca una situación límite de la vida, la enfermedad y la proximidad de la muerte, y se convierte por eso en un libro existencial, en donde el cáncer, el hospital, el quirófano y el levísimo espacio existente entre la vida y la muerte se nos cuenta por fechas, desde el 4 al 25 de noviembre señalando el perpetuo pulso que mantiene la existencia humana entre el ser y el no ser.

En otros libros posteriores, como *Comentario de texto* (1981), lo que se realiza es una celebración sobre la poesía misma y sus autores, dedicando sus versos a reconocidos poetas como Vicente Aleixandre, Miguel Hernández o Luis Cernuda. Y en el posterior libro *Los ojos en las ramas* de 1981, hace, en torno al mundo familiar, un acopio de su mano maestra para la poesía rimada, y especialmente los sonetos en donde logra hallazgos semejantes a los de Lope, los Argensola o Aldana.

Una vez establecido su prestigio, Ángel García López volverá a intentar una nueva cumbre semejante a la de *Mester Andalusí*, y como los alpinistas que han conseguido culminar un ocho mil, vamos a verle alcanzando de nuevo la cima de su libro *Memoria amarga de mí*, de 1983. De nuevo, la forma expresiva rompe la monotonía y la desborda y supera, como una gran riada que logra en sus páginas hacer memorables los hallazgos de su época anterior.

Las dos vertientes fundamentales están creadas ya, y Ángel García López seguirá, en *De latrocinios y virginidades* (1984) o en *Medio siglo cien años*, insistiendo en una y otra alternativamente, como el esquiador que baja de una cumbre y se apoya en el esquí izquierdo o en el derecho para aumentar la seguridad de sus movimientos. Alguna vez, como ocurre en *Perversificaciones* (1990), acude también a instantes de humorismo, a juegos de ingenio que pueden dar lugar al reconocimiento de un entorno social y humano que tiene que ver con la vida cotidiana más que con el pensamiento o la imaginación del poeta.

Así era, en resumen muy restringido, el proceso de este segundo bloque de la inacabada obra de este gran poeta. Pero el éxito de esta etapa de su obra fue muy reconocido igualmente con numerosos galardones, como el Premio Boscán, el Juan Ramón Jiménez o el de la Generación del 27. El reconocimiento de su obra es ya indiscutible.

A partir de ahí, cuando se llega a una cúspide, es difícil superarse, pero la ambición y la energía de Ángel García López buscando nuevos éxitos con los que desarrollar sus capacidades líricas no le permite aceptar límites. Le veremos así a Ángel García López reinventar nuevamente la literatura barroca y mezclarla sabiamente con el clasicismo de los fabulistas o con el surrealismo más vanguardista. Como hombre de amplia y extensa cultura no ignora que la base de formación de un gran poeta consiste en el estudio e incluso en la imitación de los más grandes, a los que en tantas ocasiones se asemeja.

Una vez alcanzada la maestría, no puede renunciarse a

ella y deben explorarse hasta los últimos rincones del alma. Otras sorpresas nos acechan, por tanto. Por ejemplo en *Territorios del puma*, que es esencialmente un libro de viajes, y en donde lo andaluz se vuelve internacional e incluso universal a través de la búsqueda de nuevos soportes como pueden ser sus poemas dedicados a William Shakespeare, maestro no sólo del teatro, sino de la poesía. Busca Ángel, a través de su *Bestiario*, donde se habla con ingenio de "buitres negros", viejos "carneros" o rápidas "lagartijas" o en sus *Mitologías* (2000) un entronque con temas medievales, clásicos y neoclásicos.

En penúltimo lugar, hay que recordar la parte divertida, cómica y entrañable de los poemas que Ángel dedica a sus nietos, como los graciosos juegos de palabras de los *Son(i) etos a Pablo* (2003) que son una delicia de ocurrencia y grutescos verbales. Si sus hijos fueron una fuente de inspiración ¿por qué no iban a serlo sus nietos? El poeta que inició su obra a través de un libro familiar dedicado a su mujer, ve en la progresión de su familia (*Historias de Macaena*, 2004), un entorno biográfico que le permite representar las diversas formas de amor y ternura de la vida cotidiana. También el uso del verso corto en los *Apócrifos* (2004) revela una contención voluntaria o semejante apertura a la sonrisa y a la risa que supone su *Ópera Bufa* (2004) en donde se juega a la comicidad a través de recursos instalados también en las polémicas literaturas del Siglo de Oro. La vena crítica y la sarcástica tienen, como se ve, un lugar en su versátil obra.

Por último, y dentro de una tendencia que se acerca a la visión postmoderna de la poesía, aparece *Universo sonámbulo* en el año 2006, con la búsqueda de nuevos cantos a la gran poesía del siglo XX, dedicando textos a personajes tan relevantes como Emily Dickinson, Luis Rosales, Vladimir Nabokov, Juan Ramón Jiménez, Cesare Pavese o José Hierro.

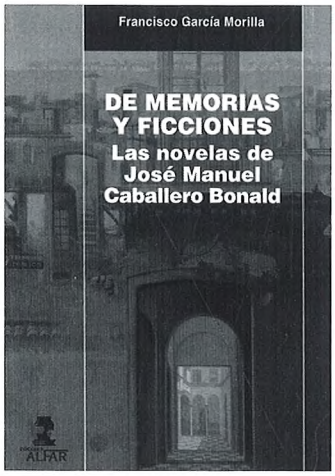
Esta acumulación de perfiles, donde se nos habla de lo general y lo particular, lo sacro y lo profano, lo épico, lo lírico y lo satírico convierten la poesía de Ángel en un lugar de encuentro en la diversidad: en un todo total.

La larga veintena de libros del poeta nos coloca de nuevo ante un universo más parecido a un mapamundi que a la geografía concreta de un poeta andaluz. Los orígenes de Ángel y su vinculación a Rota, Cádiz y Andalucía son inequívocos pero conviene resaltar que no son únicos. Su obra, lejos de cerrarse en la culminación de la poesía sureña, se eleva a todo el territorio nacional (no en vano ha vivido muchos años en Madrid) y alcanza mediante lecturas y viajes una proyección hacia las nuevas tendencias literarias como consecuencia de sus lecturas y experiencias humanas, hasta convertirlo en un poeta global. Por eso ha marcado una trayectoria significativa que lo proclama como uno de los grandes poetas de la segunda mitad del siglo XX.

PEDRO J. DE LA PEÑA

Francisco García Morilla
De memorias y ficciones. Las novelas de José Manuel Caballero Bonald

Ediciones Alfar. Sevilla, 2013



La breve pero intensa obra narrativa de José Manuel Caballero Bonald –cinco novelas entre 1962 y 1992- necesitaba de un estudio crítico capaz de exponer y analizar las claves y los recursos de uno de los más significativos escritores de la llamada "Generación del Medio Siglo", formada por novelistas de la talla de Rafael Sánchez Ferlosio, Ignacio Aldecoa, Ana María Matute, Juan Goytisolo y Juan Benet. Por razones de fechas, Caballero Bonald pertenece a esta Generación, aunque su incorporación al quehacer narrativo –con la publicación en 1962 de *Dos días de setiembre*– fuese algo más tardía.

La obra del profesor García Morilla llena cumplidamente este vacío y estudia de manera cuidadosa y precisa las claves del mundo bonaldiano y constituye –pensamos- un excelente acceso a la obra del autor de *Ágata ojo de gato*, a su espacio mítico y sobre todo al cuidadoso entramado lingüístico que aparece en sus novelas, dotadas de una excepcional voluntad de estilo, de un concepto de la ficción muy peculiar y muy cercano a la herencia cervantina, que García Morilla analiza al detalle. Encuadrar a Caballero Bonald en una tradición que parte de Miguel de Cervantes es un acierto del crítico.

Caballero Bonald, en una entrevista concedida a J.A. Juristo en la revista *Leer* –citada por el propio García Morilla– reconoce y se extiende por su herencia cervantina, estirpe cervantina, diríamos. Efectivamente: "Como sabiamente descubrió Cervantes –afirma el crítico- la literatura es un hecho artístico y no histórico, aunque se nutra necesariamente de las experiencias del escritor: vividas, leídas, soñadas o inventadas". Después de "situar" a Caballero Bonald en su contexto histórico y literario y de analizar su concepto del realismo, el profesor García Morilla analiza en profundidad la primera obra, *Dos días de setiembre*.

Dos días de setiembre es un texto narrativo –creemos– lleno de sugerencias innovadoras; una primera novela de sorprendente madurez, "tapada" quizás por la repercusión de *Ágata ojo de gato* y considerada de manera inexacta como una novela de estricta denuncia social. Fue escrita en 1960 –curiosamente muy lejos de Jerez– cuando su autor residía en Colombia y la narrativa española –salvo contadísimas excepciones– recibía de pleno la influencia del realismo social. Sin embargo, a pesar de la vocación testimonial y de denuncia que informa a la novela, a su marcada tendencia social e incluso política, *Dos días de setiembre* –apunta con acierto García Morilla– lleva dentro, por su estructura y por la cuidadosa potencia estilística, una carga evidente de renovación y una ruptura con ese rígido y dogmático social-realismo que *Tiempo de silencio*, del malogrado Luis Martín Santos, había puesto en evidencia.

García Morilla afirma que el vino es el verdadero protagonista de la novela, su tema principal. No olvidemos que José Manuel Caballero Bonald nació en Jerez de la Frontera en 1926 y allí permaneció hasta el inicio de sus estudios universitarios, alternando con largas permanencias en Sanlúcar de Barrameda, también estrechamente vinculada al vino y sus

industrias. El vino es el motor principal de la economía jerezana. Pero no se trata del vino festivo y tópico de las fiestas de los señores y señoritos de la tierra. Es el vino del trabajo –y de su condena– desde su producción cuidadosa hasta su propio consumo, sin descartar en ningún momento su significación simbólica, elemento muy frecuente en la narrativa bonaldiana, principalmente en *Ágata* y *Campo de Agramante*. Simbolismo y minuciosidad realista: características técnicas de la viña –"madre primera del vino"– con sus labores propias, hasta la recogida de la uva, los "pisadores" e incluso las tareas y el tratamiento del mosto y su trasiego a las botas. En su aspecto descriptivo y técnico –el tratamiento estilístico merece comentario aparte– *Dos días de setiembre* es una obra excepcional.

El cuidadoso detalle realista observado en directo y de primera mano, hace del vino una verdadera radiografía tanto de la sociedad como de los personajes. Personajes de distintas clases beben vino de manera diferente: Joaquín y Lucas "pidieron dos vasos de raya" –oloroso de baja calidad–; "dos arrumbadores se desayunaban mano a mano una botella de mosto". Los señoritos –por ejemplo, don Andrés– bebe el vino "con un parsimonioso deleite, removiéndolo en la boca una y otra vez, oliendo despaciosamente el vino". García Morilla analiza el vino como un elemento de relación entre los diversos estamentos de la sociedad jerezana. Hasta el color del vino marca las diferencias sociales: el de Joaquín "tenía un color cambiante, turbio hacia el fondo, como de sangre aguada"; el de don Gabriel "parecía cristalizado al trasluz con el tornasol de la claridad, como un rubí iluminado por dentro". Se bebe en las juergas de los señoritos y también para aliviar el peso del trabajo incierto.

Ágata ojo de gato fue escrita en Sanlúcar de Barrameda, Madrid y Palma de Mallorca entre 1970 y 1974 –tiempo que indica la lenta y cuidadosa elaboración del texto– y significa la consagración de Caballero Bonald como novelista. La obra ganó el premio Barral, al que Caballero Bonald renunció. La novela obtuvo el premio de la Crítica y tuvo una excelente acogida entre críticos y lectores.

La presencia de un espacio propio con sus leyes y gravitaciones, la recreación del mito y la constante elaboración de una escritura peculiar y genuina, donde la ya estudiada herencia cervantina se mezcla con las huellas de Góngora, son las principales características de los grandes novelistas. El acertado análisis que realiza García Morilla de *Ágata* se apoya en el desarrollo de estos elementos. *Ágata* significa sobre todo la creación de un espacio de ficción –Argónida– la recreación del mito clásico de la *mater terrae*, que cansada de oprobios y profanaciones, acabará destruyendo a todo aquel que pretende ultrajarla.

Cuando aparece la primera edición de *Ágata*, el realismo social estaba ya en franca retirada. La nueva narrativa latinoamericana irrumpe en Europa; una narrativa que, felizmente, le ofrecerá a la crítica –y también a los lectores- el necesario equilibrio entre la prédica social y la imaginación, entre el testimonio y la escritura ambiciosa y experimental. La novela como un espejo capaz de multiplicar y modificar la realidad hasta el infinito.

Aparecen en la espléndida escritura de *Ágata* ciertas influencias de la novela latinoamericana: la de José Eustasio Rivera, el autor de *La vorágine* –el mundo de la naturaleza es mucho más poderoso que la trama rastrera de los hombres ambiciosos que intentan dominarla; también Alejo Carpentier, con su elaboradísima estructura formal de lenguaje barroco, donde la historia real es sustituida por los mitos.

Afirma García Morilla que cuando a finales de los años setenta volvieron a surgir inquietantes amenazas contra

el Coto de Doñana, Caballero Bonald movilizó su impulso creador hacia la exaltación y la defensa de su privilegiada naturaleza. El propio novelista nos habla de esos posibles peligros: "el proyecto de la carretera de la costa con la consiguiente extinción de las vivificantes dunas móviles; las trampas del tendido eléctrico; los pesticidas arrastrados por los caños desde los arrozales limítrofes y causantes de una gran mortandad de aves..."

Ágata parte pues de una motivación real e histórica que el autor transformará en una fábula circular, en un universo mítico que algunos críticos han comparado con Yoknapatawpha Country, el célebre espacio sureño de Faulkner, que también inspiró a García Márquez para la creación de Macondo.

A pesar del absoluto protagonismo del espacio, los personajes de *Ágata* son criaturas vivas y nunca simples pretextos o personajes enunciativos. Todos aparecen condicionados por ese espacio mítico y poderoso: el normando elemental y enigmático, Pedro Lambert II, y sobre todo Manuela; todos a su vez sometidos a un proceso de animalización primitivo: el normando corre "igual que un jabalí" y se arrastra como un hurón, emitiendo de continuo un quejido ronco sin posible localización. Manuela es como un lince –animal emblemático del Coto- un gato cerval de inquietantes ojos verdirrojizos. *Ágata ojo de gato* es en definitiva una novela excepcional y fundacional, un hito en la narrativa española del pasado siglo.

Campo de Agramante es hasta la fecha la última novela de Caballero Bonald, escrita en Madrid y Sanlúcar de Barrameda entre 1989 y 1992. Si la vivencia inspiradora de *Ágata* es de índole externa, *Campo de Agramante* parte de un acontecimiento autobiográfico que adquiere de inmediato la categoría de símbolo literario: las irregularidades acústicas y sensitivas producidas por una lesión cervical. Ruidos y alucinaciones auditivas, percepción de sonidos en ausencia de un estímulo externo. Un narrador-protagonista va analizando los distintos tipos de alucinación o acúfenos psicológicos. Hechos cotidianos se mezclan con sucesos extraordinarios: caídas de árboles, gemidos, incendios en un bosque, todo visto anticipadamente por el protagonista, cuyas imágenes y extrañas percepciones van formando una larga y extraña pesadilla. Novela de la enfermedad transformada en símbolo a través de una prosa de primera categoría, un entramado introspectivo a veces ambiguo, pues hasta el narrador pone muchas veces en cuestión la veracidad de las anomalías que padece.

El profesor Francisco García Morilla nos acaba de ofrecer –y de regalar– una herramienta excelente para el mejor conocimiento y comprensión de uno de los más importantes escritores de nuestro tiempo.

JULIO MANUEL DE LA ROSA

José Jurado Morales
Las razones éticas del realismo. Revista española *(1953-1954) en la literatura del medio siglo*

Editorial Renacimiento
(Col. Iluminaciones nº 79),
Sevilla, 2012

La figura de Antonio Rodríguez–Moñino es un perfecto ejemplo de las contradicciones, desafueros, desconfianzas e injusticias que la vida intelectual y literaria española de la posguerra nos ha legado. Desde hace pocos años, al hilo de la celebración del centenario del nacimiento del maestro, hemos asistido, a través de congresos, monográficos de revistas, ediciones de sus obras, etc., a una parcial restitución de lo mucho que España le debe a este hombre modélico, que dio todo lo que pudo, y fue mucho, a su patria. Seguramente las jóvenes generaciones necesitan que se les dé noticia de alguien como Moñino, ya que por razones incomprensibles las referencias modélicas de nuestro pasado ejemplar se quedan en poco más que nombres vacíos vinculados a calles, plazas o bibliotecas, en un tiempo en el que la bagatela y la fruslería satisfacen los anhelos de la mayoría. El saber, la talla y la generosidad intelectual de Rodríguez-Moñino –sin olvidar nunca a su fiel e infatigable compañera María Brey– nos exigen colocarlo en el mapa de la historia intelectual española contemporánea, que adolece de tantos lapsus y desmemorias, en el lugar de privilegio que merece. Sin embargo, desde el ya lejano y espléndido homenaje de Castalia a los pocos años de la muerte de Moñino, en 1975, han sido escasas las atenciones a la obra y a la personalidad del de Calzadilla de los Barros (Badajoz), llamativa escasez que ha durado justamente hasta la celebración del mencionado centenario de su nacimiento en 2010.

Antonio Rodríguez-Moñino fue portentosamente precoz en sus afanes intelectuales y librescos, y fue, con poco más de veinte años, un republicano confeso, amante de la "Verdad" y de España, tanto, que ambos amores le impidieron marcharse al exilio, aunque nunca recibiera en vida de su patria-madrastra el reconocimiento merecido a su impresionante labor intelectual. Moñino hizo gala de un humanismo integrador, que convirtió su biografía humana e intelectual en una pasión inagotable por los libros, pasión aliñada con valiosas cualidades que labrarían su fama internacional: su amor a la verdad científica, su portentosa memoria, su generosidad intelectual y su humildad. Desde su "Cátedra del Café Lyon" en la durísima posguerra española y en la larga dictadura –desposeído de su cátedra de instituto tras un expediente de depuración política, que no se resolvería sino vergonzosamente hasta casi al final de su vida, cuando Moñino era considerado, en palabras de Marcel Bataillon, "el Príncipe de los bibliógrafos" españoles, o bien había sido nombrado Catedrático en la Universidad de Berkeley y era miembro de número de la Hispanic Society of America–, Rodríguez-Moñino –bibliófilo y bibliógrafo bizarro, ya que consideraba los libros "como expresión material de pensamiento y sensibilidad" y por ello los leía–, regaló con largueza su magisterio, prestó libros inencontrables, surtió de datos y pistas impagables a cuantos investigadores acudían a él, al tiempo que construía una biblioteca personal de calado único y valor incalculable.

Moñino, además, no abordaba ninguna de sus ciclópeas empresas para su disfrute privado y solitario, sino para el goce y provecho de los demás. Cómo entender si no ese magnánimo acto de legar su biblioteca a su amada Real Academia Española. Gracias a ello este país, caracterizado en su historia contemporánea por inconfesables expolios librescos, encuentra también en Moñino un modelo de generosidad inaudito.

Pues bien, en medio de esas señeras y a veces quijotescas empresas de Moñino, destaca sobremanera para la historia literaria española del siglo XX la aventura de *Revista española*. La importancia del libro de José Jurado es, por todo ello, notable al prestar atención en su análisis ejemplar a un episodio crucial en la vida literaria española del medio siglo, protagonizado por un Rodríguez-Moñino en la plenitud de su vida.

El análisis de *Revista española* de Jurado Morales es minucioso pues desgrana, con claridad y una sólida base documental, desde el contexto histórico-literario de la revista, con sus vicisitudes más humanas –o lo que es lo mismo, las de sus principales artífices–, hasta sus motivaciones estéticas y éticas. El profesor de la Universidad de Cádiz acomete su estudio desde fuera hacia dentro –desde el contexto hasta la propia publicación– y desde dentro hacia fuera –en sentido inverso, acudiendo al propio testimonio de los seis números de *Revista española* como legado inigualable del despuntar neorrealista de los años cincuenta–; empezando por el principio y, cuando es preciso, comenzando por el final –con la reveladora nota de despedida de su última entrega–. El resultado, tras la lectura de esta monografía bellamente editada por Renacimiento e inserta en su ya crecida y granada colección "Iluminaciones", es una solvente lección crítica de cómo analizar una brillante y particularísima revista literaria madrileña del medio siglo en su preciso contexto histórico-literario.

Las razones éticas del realismo se estructura en tres grandes capítulos, a los que se suma una nota editorial final y el desglose de los sumarios de cada número publicado de *Revista española*. Los tres capítulos, en diálogo e interconexión constante, procuran ordenar el discurso atendiendo al contexto humano –el primero–, histórico –el segundo– y literario –el tercero y último– que circunda y explica esta publicación literaria bimensual a caballo entre mayo de 1953 y abril de 1954.

El primero de los tres grandes capítulos –tras el pertinente prólogo en el que el propio autor del ensayo comenta su acercamiento personal al objeto de estudio, sus propósitos y sus resultados– trata, literalmente, "De cómo Antonio Rodriguez-Moñino llega a promover *Revista española*" (p. 19). La personalidad y los avatares posbélicos del gran bibliófilo extremeño son, ineludiblemente, el paso previo para cualquier lectura compresiva de *Revista española*. Como promotor de la publicación pero, sobre todo, como mentor y protector de una jovencísima y prácticamente inédita camada de escritores en ciernes aparece el erudito y bibliógrafo extremeño en las páginas del volumen reseñado. Efectivamente, que Moñino fijara sus ojos, entre la vasta constelación de literatos postulantes que frecuentaban el Gijón o el Lyon, en unos entonces desconocidos Ignacio Aldecoa, Alfonso Sastre, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaite o Jesús Fernández Santos no es cosa de poco mérito, dado su tino crítico y portentoso vaticinio, que no hace sino asentar la fama ganada de Moniño como lector crítico.

Con acierto, Jurado Morales destaca del extremeño su condición de profesor depurado por el régimen franquista en unos durísimos años cuarenta, su influyente y determinante relación con el proyecto editorial de Castalia y los talleres valencianos de Tipografía

Moderna y su apuesta decidida por aquellos jovencísimos escritores más allá de las consabidas y consagradas firmas recurrentes en tantas y tantas revistas literarias de la posguerra. Para completar este contexto humano de *Revista española*, el profesor linarense detiene su análisis en los tres responsables elegidos por el bibliófilo para conducir su revista: Aldecoa, Sastre y Sánchez Ferlosio. De esta manera, desgrana el ambiente amistoso y festivo de sus reuniones y encuentros, su ligazón no solo con las tertulias madrileñas sino también con los ambientes universitarios salmantinos, o su identificación con un nuevo quehacer literario.

Con la pregunta retórica de si *Revista española* constituye o no una publicación periódica más, José Jurado Morales observa y analiza este innovador proyecto literario en su contexto histórico. Describe el inmediato precedente más oficialista o evasivo de los años cuarenta –sin olvidarse de excepciones fundamentales e inestimables como la *Ínsula* de José Luis Cano– y la progresiva como tímida apertura de miras de la década siguiente –merced en parte a la labor de Joaquín Ruiz-Giménez como ministro de educación entre 1951 y 1956–, con un espectacular aumento de las publicaciones más allá de la capitalidad intelectual de Madrid o de los cánones más próximos al discurso franquista. Todo ello para acotar el cometido propio de *Revista española*, con la introducción de la estética neorrealista –oriunda de la literatura pero también del cine italiano de la posguerra– y la reivindicación del cuento como género literario. Acertadamente, Jurado Morales pone el acento en el carácter "vanguardista", en cuanto anticipo de una estética aún por venir, de dicha apuesta neorrealista dentro de las fronteras de la España de Franco en torno a 1953. También señala lo mucho que de marca generacional tiene el cuento en la nueva hornada de escritores: "Vienen a considerar el género como la forma distintiva de la nueva generación" (p. 182).

En el tercer gran epígrafe de esta monografía que comentamos, ética y estética se funden en un solo propósito, dando sentido al título del conjunto: *Las razones éticas del realismo*. Jurado Morales procura así desmentir la consideración de *Revista española* como una revista aséptica en lo político y elitista en lo formal. Sin ser un pastiche antifranquista al uso, hay en los contenidos y en las formas de la publicación auspiciada por Rodríguez-Moñino –por no hablar de la trayectoria política y literaria de sus grandes artífices– mucho de crítica a una España rancia y caduca, sumida en una miseria material y moral dignas de ser narradas con crudeza y tino literario, más allá de la consigna política facilona. "Lo político rebasa el sentido de la militancia para forjarse en una conciencia crítica y una ética cultural que pone la realidad por encima de la ideología" (p. 122), comenta con acierto el autor, añadiendo que "el hecho de revelar a las claras de la literatura una realidad constreñida conlleva bastante de compromiso político por mucho que resulte inocuo y aséptico en comparación con otros discursos y actitudes" (p. 122). El capítulo final de *Las razones éticas del realismo* repasa así el uso de una estética realista como medio para concienciar al lector español de los años cincuenta, junto al análisis de "cuentos que valen por un manifiesto neorrealista" (p. 234). En su análisis del texto y el contexto literario de *Revista española* desmenuza otros vectores de la publicación como su apuesta por abrir el panorama literario nacional al exterior –en sus páginas se traducen y editan, muchas veces por primera vez en el país, textos de Cesare Zavattini, Truman Capote, Dylan Thomas o Fernando Namora–, la presencia de otras tendencias más allá de la realista entre sus colaboradores o su implicación con las nuevas propuestas teatrales y la renovación escénica nacio-

nal desde su sección sobre el género dramático a cargo de Alfonso Sastre y en la que se publican textos de Luis Delgado Benavente, Medardo Fraile, Ramón Solís y Ricardo Rodríguez Buded o Juan Benet, entre otros.

En suma, este espléndido trabajo de Jurado Morales pone de manifiesto la utilidad que una buena revista tiene para leer trasversalmente la literatura de una época, mostrando en su más viva actualidad los avatares y preocupaciones de jóvenes creadores que se convertirían en figuras centrales de su tiempo. Dichos creadores nunca olvidarían lo que la experiencia de *Revista española* supuso para sus vidas y sus obras, lo que, a fin de cuentas, redundaría en la mayor gloria de don Antonio Rodríguez-Moñino, hacedor de aquella empresa e impulsor y defensor impenitente, también, de la literatura de su tiempo.

JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO y ANTONIO RIVERO MACHINA

Juan Carlos Sierra
La Generación del 50 para niños y jóvenes

Ilustraciones de
Juan Pedro Esteban Nicolás
Ediciones de la Torre,
Madrid, 2013

Es Juan Carlos Sierra (Úbeda, 1972) un escritor y antólogo especialmente preocupado por acercar la poesía contemporánea a los lectores más jóvenes. Su primera labor en esta línea la constituyó la magnífica *Los lunes, poesía. Antología de poesía contemporánea para jóvenes* (Hiperión, 2004), en la que más de un docente de Literatura encontró la selección que buscaba para llevar la poesía más reciente al aula. Pues bien, ya en esta obrita, de organización temática, la representación de la generación del 50 era bastante nutrida, lo que revelaba una clara inclinación del antólogo por los textos de estos poetas, lo que queda confirmado ahora con la publicación de esta nueva selección centrada en doce autores de la misma.

No abundan las incursiones editoriales dirigidas a jóvenes que tengan como eje esta generación poética[1], por lo que la que aquí reseñamos tiene un importante valor testimonial y reivindicativo. La generación del 50 tiene mucho que decir a las nuevas generaciones, parece decirnos el antólogo, y no hay que tener miedo a confrontar esta poesía con esas nuevas miradas, en un principio tan supuestamente reacias a enfrentarse a la literatura en verso.

La edición es sencilla y sobria, y se incluye en la histórica colección de la editorial dedicada a acercar la poesía

1 La única obra equiparable a la que aquí reseñamos que conocemos es la preparada por José Jurado Morales en 2011 para la colección "Clásicos Escolares", editada por la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía y titulada Poetas del 50. Esta obra fue distribuida por los centros escolares de Andalucía y recoge una muestra de catorce autores de la generación, entre los que hay una fuerte representación de poetas andaluces: Julio Mariscal, Julia Uceda, Caballero Bonald, Manuel Alcántara, Fernando Quiñones, Mª Victoria Atencia, Rafael Guillén y Pilar Paz Pasamar. Ambas antologías coinciden en los siguientes autores: Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo, Jaime Gil de Biedma, Fernando Quiñones, Francisco Brines y Claudio Rodríguez.

española a niños y jóvenes; una colección meritoria en su labor divulgadora, que tiene ya varias décadas, y en la que se han acercado por primera vez a la lectura de los primeros versos de Juan Ramón Jiménez o Miguel Hernández buenos aficionados a la poesía desde los años 80-90.

Siguiendo la línea de esta colección, Sierra ha optado por despojar su edición del aparato de notas, las referencias bibliográficas y de toda la tramoya didáctica que suelen acompañar a las ediciones dirigidas a un uso escolar. No es el caso de la que tenemos delante, que invita a una lectura de los poemas desnuda y abierta por parte del joven lector. No obstante, nada de esto impide, todo lo contrario, hace más necesaria, su presencia en toda "Biblioteca de Aula" que se precie. Pues a partir de la cuidada selección de Juan Carlos Sierra, el libro puede ser el punto de partida para la lectura colectiva en clase, para la preparación de un pequeño recital, o para la exploración autónoma por parte del estudiante de las líneas temáticas o formales que van atravesando la enorme diversidad de actitudes poéticas que en el amplio marco generacional se incluyen en ella.

A la selección de Juan Carlos Sierra preceden un oportuno "Aviso a navegantes" y una breve Introducción que sirve de antesala clara y sencilla a la selección de poemas. En el "Aviso" Sierra confiesa dirigirse a niños o jóvenes "curiosos", a los que no asusta la posible dificultad de los poemas seleccionados. Lectores dispuestos a explorar otros derroteros a los habitualmente marcados para la literatura juvenil. Y propone una lectura aleatoria y "ad libitum", según las posibilidades de cada lector. Un libro, por tanto, para ir creciendo con él, ejercitando el músculo lector de forma progresiva. Dentro de la selección, destaca a Gloria Fuertes como la autora que seguro disfrutarán en una primera lectura. "Del resto –añade- deja que sus poemas te hablen". El acercamiento que Sierra propone a la poesía, sin apoyaturas didácticas ni académicas, muestra una confianza en la intuición de los jóvenes lectores para adentrarse en estos versos, así como de estos versos para ofrecerse por sí mismos al joven lector, solo posible en quien verdaderamente cree en el poder revelador y cautivador del lenguaje "cargado de sentido hasta el grado máximo", como definía Ezra Pound la poesía.

En la "Introducción" que antecede a la selección de poemas por autor, Sierra reivindica "una reformulación más amplia del concepto crítico de Generación del 50", para acoger a todos los autores que durante los años 50 y 60 rompieron con el rígido corsé de la poesía social de la década anterior (pág. 13), y cita a cuatro mujeres –Julia Uceda, Angelina Gatell, María Victoria Atencia y Gloria Fuertes, que iniciaban con voz propia en esos años una sólida trayectoria, no siempre reconocida en la misma medida que el grupo de nombres –enteramente masculino, por cierto- que suele citarse como núcleo central de la generación. El hecho de haber incorporado en su selección a una de ellas –Gloria Fuertes- además de a Francisca Aguirre, menos divulgada aún que las anteriores, revela una loable intención de incorporar las voces femeninas al tradicional elenco masculino vinculado a este grupo.

En su exposición de los rasgos que pudieran definir de forma general a este amplio y variopinto grupo generacional, Sierra sigue las pautas marcadas por la tradición crítica: la superación del utilitarismo social de la época anterior; la recuperación de la autonomía del lenguaje poético; la experiencia de la guerra como detonante; la rebeldía frente a los estrechos límites morales de la posguerra y la reivindicación de la libertad en el ámbito de la vida privada. El deseo de escapar "a un tiempo hostil, propicio al odio", en palabras de Ángel González, y la nece-

sidad del amor estarían marcados por el contexto sociopolítico. La incorporación del lenguaje cotidiano al poema, sin renunciar a la exigencia formal, así como la narratividad como recurso completan el bosquejo general de un conjunto de voces muy poderosas, que se resisten a ser diluidas en formulaciones demasiado genéricas, pues cada una de ellas ofrece una personalísima aportación a la poesía española contemporánea.

En cuanto a la selección que nos ofrece Juan Carlos Sierra, el propio antólogo reconoce indirectamente las limitaciones de su labor al encabezar su edición con las palabras de Francisco Ribes: "Toda antología constituye un error". Sierra ha decidido que los doce nombres que incluye son los más adecuados para que el joven lector pueda hacerse una idea cabal de la poesía de esta generación, y navegar por su enorme diversidad. Es evidente que no están todos los posibles, y que se aprecian algunas ausencias significativas, que han ido cobrando relevancia en los últimos años. Voces muy importantes de aquellos años como las de Ángel Crespo, a quien se dedica precisamente este número de *Campo de Agramante*, o de Antonio Gamoneda, no aparecen representadas.

Entiendo que en la selección no hay ningún propósito de exclusión, más bien de reivindicación de algunos nombres algo olvidados o relegados de la generación. Aunque el editor no explicita los criterios de la selección realizada, podemos intuir algunos criterios en el elenco finalmente publicado: a) el acercamiento al lector más joven, a través de la figura de Gloria Fuertes; b) la reivindicación de algunas voces femeninas, como la de la propia Gloria Fuertes y la de Francisca Aguirre; c) la reivindicación de la vertiente poética de la obra de Fernando Quiñones. Por lo demás, Sierra incorpora el núcleo central del llamado "grupo de Barcelona"[2] (Gil de Biedma, Barral, Goytisolo) e incorpora los nombres imprescindibles de Francisco Brines, Alfonso Costafreda, Ángel González, José Manuel Caballero Bonald, Claudio Rodríguez y José Ángel Valente.

En una lectura lineal de autores y poemas, partimos de la línea de realismo cotidiano de Francisca Aguirre, todo un descubrimiento para este reseñista, una poesía de la carencia, que da voz a la dignidad de los perdedores, "esa dignidad / que sólo son capaces de poseer los pobres, / aquellos que han conocido la carencia / desde mucho antes de nacer"[3], hasta llegar, en riguroso orden alfabético, a los versos existenciales de un José Ángel Valente representado en su etapa de 1955 a 1970.

En este recorrido el joven lector puede confirmar la enorme diversidad formal y estilística anteriormente referida, pero también una serie de afinidades temáticas y de enfoque. La infancia es un tema bien representado en la antología: prácticamente todos los autores lo tocan en algún poema, normalmente traspasada por la memoria de la penuria, la estrechez o el tedio de una vida gris y anodina. "La primera víctima de la guerra es la infancia", escribió García Hortelano[4], y esto se refleja en varios poemas nada complacientes con esa etapa de la vida arrebatada por un entorno hostil.

Pero junto a la evocación amarga, la defensa del amor como una salida de esa realidad estrecha y hostil a la que no renuncia la voz poética en ninguna circunstancia. Este es el secreto de poemas tan justamente celebrados como "Me basta así", "Inventario de lugares propicios al amor", o

2 Espléndidamente antologado por Carme Riera en otra selección de referencia para esta generación: *Partidarios de la felicidad. Antología poética del grupo catalán de los 50*. Barcelona, Círculo de Lectores, 2000.

3 "Esta vida, hay que ver, qué desatino", pág. 35.

4 *El grupo poético de los 50 (una antología)*. Madrid, Taurus, 1978.

"Lecciones de buen amor" de Ángel González, que considero de imprescindible presencia en una antología de estas características. Una experiencia amorosa que se hace celebración hedonista en los versos de un Francisco Brines, sincera confesión erótica en Gil de Biedma, efímera plenitud en Alfonso Costafreda (léase su luminoso poema "En este instante existes tú solamente"), lúdica convulsión vital en Gloria Fuertes.

Por lo demás, el lector más joven podrá ir reconociendo otras constantes de estos poetas: la cercanía a la experiencia, que se refleja en un lenguaje cotidiano sin renunciar a la exigencia formal; la actitud inconformista tanto en lo personal como en lo colectivo; y, sobre todo, un modo de conocimiento de sí mismo y del mundo en torno que los poetas aquí reunidos proporcionan de forma especialmente intensa.

Al lector adulto merecerá la pena recorrer esta antología para reencontrarse en pocas páginas con muchos de los mejores poemas escritos en castellano en el último siglo, lo que incluirá también algún descubrimiento inesperado. Pensando en los niños y jóvenes a los que va dirigida la colección, no podemos sino celebrar que tal concentración de calidad poética llegue en las mejores condiciones a un público tan exigente, bien directamente, bien de la mano adulta que acierte a leerles el poema oportuno a cada momento y necesidad.

SALVADOR HERNÁNDEZ

CAMPO DE
AGRAMANTE
REVISTA DE LITERATURA

Suscripción anual

18 € • 2 números • España
38 € • 2 números • Europa
58 € • 2 números • América y resto del mundo

Dirección

Fundación Caballero Bonald
C/ Caballeros, 17 • 11402 • Jerez de la Frontera (Cádiz)
Teléfono 956 149 140
Fax 956 149 141
Email: fcbonald@aytojerez.es